

El Domingo de las Madres

Graham Swift

El Domingo de las Madres

Traducción de Jesús Zulaika



EDITORIAL ANAGRAMA

BARCELONA

Título de la edición original:
Mothering Sunday. A Romance
Scribner
Londres, 2016

Ilustración: © Christie's Images / Bridgeman Images. Colección privada

Primera edición: marzo 2017

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Jesús Zulaika, 2017

© Graham Swift, 2016

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2017

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7976-6

Depósito Legal: B. 3305-2017

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Para Candice

¡Vas a ir al baile!

Érase una vez..., antes de que mataran a los chicos y cuando había más caballos que coches, antes de que desaparecieran los sirvientes varones y en Upleigh y en Beechwood tuvieran que arreglárselas con una cocinera y una sirvienta, los Sheringham eran propietarios no sólo de los cuatro caballos de su cuadra, sino también de un ejemplar que podía considerarse un «señor caballo», un caballo de carreras, un pura sangre. Se llamaba Fandango, y su caballeriza estaba cerca de Newbury. Nunca había ganado nada de nada. Pero era el pequeño lujo de la familia, su esperanza de fama y gloria en las carreras del sur de Inglaterra. El trato era que Mamá y Papá –conocidos también, en el extraño lenguaje de él, como «los ineptos»– eran dueños de la cabeza y el cuerpo, y Dick y Freddy y él de una pata cada uno.

–¿Y la cuarta pata?

–Ah, la cuarta pata... Ésa ha sido siempre la pregunta.

Durante la mayor parte del tiempo no fue más que un nombre, un nombre que no podía verse, aunque un nombre muy caro dividido en cuatro y perfectamente adiestrado. Se había vendido en 1915, cuando él tenía quince años. «Antes de que tú aparecieras, Jay.» Pero una vez, hace mucho tiempo, una mañana de junio temprano, emprendieron todos una expedición extraña y disparatada sólo para verle, para ver cómo montaban al galope a Fandango, su caballo, por las colinas. Para contemplar desde la valla cómo se acercaba, atronador, con otros caballos y pasaba ante ellos como un rayo. Estaban él y Mamá y Papá y Dick y Freddy. Y —quién sabe— alguna parte interesada y fantasmal, propietaria real de la cuarta pata.

Él tenía la mano en la pierna de ella.

Fue la única vez que ella le había visto con los ojos casi empañados. Y tuvo la visión clara y nítida (la seguiría teniendo a los noventa años) de que podría haber ido con él, de que aún podría —como en una especie de milagro— ir con él, sólo con él, y estar allí ante la valla, viendo cómo pasaba Fandango a galope tendido, levantando barro y rocío de la hierba. Nunca había vivido nada así, pero podía imaginárselo, imaginarlo con claridad. El sol aún naciente, un disco rojo sobre las colinas grises, el aire aún vivificante y frío, mientras él compartía con ella, tal vez, una petaca de tapón plateado, y, con no demasiado sigilo, le agarraba el culo.

Pero ahora ella miraba cómo se movía, desnudo salvo el sello de plata en el dedo, cruzando la habitación bañada de sol. En la vida, más tarde, nunca utilizaría gustosamente —si es que llegó a utilizarla alguna vez— la palabra «garañón» para referirse a un hombre. Pero él era talmente uno. Tenía veintitrés años y ella veintidós. Y podría habersele considerado un purasangre, aunque ella aún no conocía esa palabra, al igual que aún no conocía la palabra «garañón». Su vocabulario no era muy extenso todavía. «Purasangre» tenía que ver con la «progenie» y el «nacimiento», lo que contaba en los de su clase. Poco importaba con qué finalidad concreta.

Era marzo de 1924. No era junio, pero sí un día que parecía junio. Y debía de ser poco después de mediodía. Se abrió de golpe una ventana, y él, sin ropa, cruzó la habitación llena de sol tan despreocupadamente como cualquier animal desnudo. Era su habitación, ¿no? Podía hacer en ella lo que le viniera en gana. Podía hacerlo, estaba claro. Y ella no había estado en ella nunca, y nunca volvería a estar.

Y también estaba desnuda.

30 de marzo de 1924. Érase una vez... Las sombras de la celosía de la ventana se deslizaban sobre su cuerpo como follaje. Una vez hubo recogido del tocador la pitillera y el mechero y un pequeño cenice-

ro de plata, se volvió, y entonces, bajo la mata de vello oscuro y enteramente bañado por el sol, dejó a la vista su verga, y sus huevos, meros apéndices flácidos y aún pegajosos. Ella podía mirarlos si quería, a él no le importaba.

Pero también él podía mirarla a ella. Estaba estirada, desnuda, si se exceptuaba su par –su único par– de pendientes baratos. No se había tapado con la sábana. Y hasta había enlazado las manos detrás de la cabeza (así podía verle mejor). Pero él podía mirarla a voluntad. Regálate los ojos. Era una expresión que le había venido a la mente. Se le habían empezado a ocurrir expresiones. Regálate los ojos.

Fuera, se estiraba también todo Berkshire, orlada de brillante verdor, pletórica de trinos, bendecida en marzo con un día de junio.

Él seguía siendo un adicto a los caballos. Es decir, seguía malgastando el dinero en ellos. Era su forma de economizar: tirar el dinero. Durante casi ocho años había tenido dinero para tres, en teoría. Él lo llamaba «pasta». Pero demostraría que era capaz de arreglárselas sin él. ¿Y qué es lo que habían hecho ellos con el dinero de siete años –como él le recordaba a veces–?: absolutamente nada. Salvo secretismos y riesgos y astucias y la aptitud mutua de ser buenos en ello.

Pero nunca habían hecho nada parecido. Ella nunca había estado en aquella cama –una cama individual, pero espaciosa–. Ni en aquella habitación,

ni en aquella casa. Si no costaba nada, era el más maravilloso de los regalos.

Aunque si no costaba nada –ella siempre podría habérselo recordado–, ¿qué pasaba con las veces en que él le había dado seis peniques? ¿O incluso tres peniques? ¿Cuando era sólo el comienzo, antes de que lo suyo llegara a ser algo... –no sabía si era la palabra correcta– serio? Pero jamás se atrevería a recordárselo. Y menos aún ahora. Ni se atrevería tampoco a utilizar la palabra «serio».

Se sentó en la cama, a su lado. Le pasó la mano por el vientre, como sacudiéndole un polvo invisible. Luego dejó encima de él el mechero y el cenicero, y siguió con la pitillera en la mano. Sacó dos cigarrillos y puso uno entre los labios fruncidos y salientes de ella, que no se había quitado las manos de la nuca. Él le encendió el cigarrillo y luego se encendió el suyo. Después de juntar pitillera y mechero y de dejarlos en la mesilla de noche, se tendió junto a ella cuan largo era, mientras el cenicero seguía a medio camino entre el ombligo y lo que hoy él, sin tapujos, llamaría alegremente el «coño».

Verga, huevos, coño. He aquí tres vocablos sencillos, básicos.

Era un 30 de marzo. Domingo. Lo que venía llamándose el Domingo de las Madres.

—Bien, hoy es fantástico para hacerlo, Jane —había dicho el señor Niven cuando Jane entró con el café recién hecho y las tostadas.

—Sí, señor —había dicho ella, preguntándose qué habría querido decir con aquel «hacerlo».

—Un día absolutamente fantástico. —Como si fuera él quien generosamente lo hubiera hecho posible—. ¿Sabes?, si alguien nos hubiera dicho que iba a hacer este día, podríamos haber preparado unas cestas y habernos ido todos de... pícnic a la orilla del río.

Lo dijo con un tono de pesar, aunque con viveza, de forma que ella, al dejar la rejilla de las tostadas en la mesa, pensó durante un instante que tal vez hubiera cambio de planes y Milly y ella tuvieran que ponerse a preparar una cesta para el pícnic. Estuviera donde estuviere la «cesta», y fuera lo que fuere lo que tuvieran que meter en ella con una antelación tan poco considerada. Y siendo como era *su* día.

Y entonces la señora Niven dijo:

—Estamos en marzo, Godfrey.

Miró con recelo hacia la ventana.

Bien, se había equivocado. El día no había hecho sino mejorar.

Pero los Niven tenían planes, y poco podría influir el tiempo para malograrlos. Iban a ir en coche a Henley a reunirse con los Hobday y los Sheringham. Dado su aprieto común —que sólo acaecía una vez al año y sólo durante una parte del día—, se reunían

todos ellos para comer en Henley y solucionaban así el engorro pasajero de no tener servicio.

Fue idea –o invitación– de los Hobday. Paul Sheringham iba a casarse con Emma Hobday dentro de dos semanas. Así que los Hobday les habían sugerido a los Sheringham comer fuera juntos, ya que era una excelente oportunidad para brindar y charlar sobre el acontecimiento inminente, y de paso salvaban el escollo de índole práctica de ese domingo. Como los Niven eran vecinos y buenos amigos de los Sheringham, además de invitados distinguidos a la boda en cuestión (e iban a encontrarse en la misma situación de falta de servicio), los Niven –como le explicó el señor Niven al informarla de los planes– se habían dejado «enrolar».

Eso había aclarado meridianamente algo que ella ya sabía. Que Paul Sheringham, se casase con quien se casase, se casaba con su dinero. Quizá se viera obligado a hacerlo, a la vista de cómo había despilfarrado el suyo. Los Hobday sufragarían dentro de dos semanas una boda fastuosa, así que ¿era de veras necesario celebrar aquel festejo apenas unos días antes? No, a menos que el dinero les sobrara. En él bien podría no pedirse otra cosa que champán. Cuando el señor Niven había mencionado la cesta del pícnic tal vez se estaba preguntando hasta qué punto podía uno fiarse de la largueza de los Hobday, o en qué medida aquella comida iba a exigir cierto sacrificio a su propio bolsillo.

Pero a ella le agradaba el hecho de que a los Hobday les sobrara el dinero. No es que tuviera nada que ver con ella, pero le agradaba. Que Emma Hobday pudiera estar forrada de arriba abajo de billetes de cinco libras, que el matrimonio pudiera ser un estudiado medio para conseguir «pasta», la complacía, o —mejor aún— la consolaba. Eran todas las demás cosas que podía implicar las que —cuando el señor Niven explicaba que a su mujer y a él les habían «enrolado» para la comida— la reconcomían.

¿Y el señorito Paul y la señorita Hobday estarían presentes en esa comida? No podía preguntarlo directamente, por vital que fuera para ella saberlo. Y el señor Niven no le facilitó esa información.

—¿Le comunicarás todo esto a Milly? Y, por supuesto, ello no debe afectar... a tus propios planes.

No era frecuente que el señor Niven tuviera la oportunidad de expresar algo semejante.

—Claro, señor.

—Un jolgorio en Henley, Jane. Una reunión de las tribus. Esperemos que el tiempo acompañe.

No estaba muy segura del significado de «jolgorio», aunque le parecía que había leído esa palabra en alguna parte. «Jol» sugería algo alegre, en cualquier caso.

—Eso espero yo también, señor.

Y ahora que ya era evidente que hacía un tiempo ideal, el señor Niven, pese a sus recientes aprensiones, se iba alegrando por momentos. Conduciría él mismo. Había anunciado ya que seguramente saldrían pronto, para «matar el rato» sin prisa y aprovechar aquella mañana espléndida. Al parecer no iba a llamar a Alf al garaje (a cambio de un razonable estipendio, Alf hacía de convincente chófer para los Niven). De todas formas, como ella había observado a lo largo de los años recientes, al señor Niven le gustaba conducir. Prefería el placer de la conducción a la dignidad de que alguien condujera a su dictado. Le infundía un ánimo juvenil. Y, como siempre decía, con una gran variedad de entonaciones —que iban del bramido al lamento—, los tiempos estaban cambiando.

Érase una vez en que, después de todo, los Niven habrían acabado encontrándose con los Sheringham en la misa dominical.

«Tribus» había sugerido algo desenfrenado al aire libre. Ella sabía que iba a ser en el George Hotel de Henley. No iba a ser un pícnic, ya que, dado que era marzo, el tiempo podría cambiar y depararles un vendaval horrible o incluso nieve. Pero era una mañana impecablemente veraniega. Y la señora Niven se levantó de la mesa para subir a arreglarse.

No podía preguntar, ni siquiera ahora que el señor Niven se había quedado tan oportunamente solo: «¿La señorita Hobday y el...?» Por mucho que sonara a simple curiosidad de criada ociosa (¿no era

la boda en ciernes el tema de conversación del momento?). Y ciertamente no podía preguntar: «Si no, ¿qué otros planes podría tener la pareja en mente?»

Si ella hubiera sido una de las mitades de la pareja prometida —o la mitad correspondiente a Paul Sheeringham, al menos—, no creía que le hubiera apetecido, dos semanas antes de la boda, asistir a un «jolgorio» en Henley en el que serían objeto de una solicitud exagerada por parte de la generación que les precedía (esos a los que él calificaría —lo veía hablando con el cigarrillo en la boca y una expresión doliente y crispada en la mirada— de «tres condenados ineptos juntos»).

Pero, en cualquier caso, aunque no consiguiera más información, aún estaba el problema específicamente suyo de aquel día (como el señor Niven sabía): qué hacer con él. El día en cuestión era penoso. El tiempo magnífico no ayudaba en absoluto. A apenas dos semanas del acontecimiento, más bien parecía arrojar una sombra más oscura.

Cuando llegara el momento, iba a decirle al señor Niven que, si no le importaba —ni a él ni a la señora Niven—, ella no iría a ninguna parte. Se quedaría allí en Beechwood, y leería un libro —«su libro», como tal vez se referiría a él, aunque perteneciera al señor Niven—. Podría sentarse al sol en cualquier parte del jardín.

Sabía que el señor Niven no haría sino aprobar tan inocua sugerencia. Incluso podría pensar que la imagen resultaba bastante atractiva. Y, por supuesto,

significaba que estaría preparada para retomar sus deberes de inmediato, en cuanto ellos volvieran. Podría encontrar algo para comer en la cocina. Milly podría incluso prepararle un sándwich antes de marcharse. Organizaría su propio pícnic.

E incluso podría haber sucedido así. El banco en el rincón del reloj de sol. Los abejorros confusos ante el buen tiempo. El magnolio ya repleto de brotes. El libro en el regazo. Sabía qué libro sería.

Así que le expondría su idea al señor Niven.

Pero entonces sonó el teléfono y –siendo como era una de sus innúmeras tareas– se apresuró a atender la llamada. Y su corazón dio un vuelco de alegría. Era una frase que se leía en los libros, pero a veces era exactamente lo que le sucedía a la gente. Y era verdad en ella en aquel momento. El corazón le dio un vuelco, como a una heroína varada en un relato. Como las alondras que oiría poco después, trinando y alzándose muy alto en el cielo azul, mientras pedaleaba camino de Upleigh.

Pero había tenido la precaución de decir, muy alto y con su mejor voz «de contestar al teléfono», a un tiempo doméstica y un tanto regia:

–Sí, señora.

Se oían campanadas de iglesia bajo el canto de los pájaros. El aire cálido entraba flotando por la ventana